

SEXTA CONFERENCIA

**LA ENSEÑANZA MILITAR EN LA ESCUELA
SUPERIOR DE GUERRA (1893-1936)
Y EN LA ESCUELA DE ESTADO MAYOR
(1940-1964)**

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA (1893– 936) Y EN LA ESCUELA DE ESTADO MAYOR (1940 -1964)

Por Miguel Alonso Baquer*

Al referirme con un solo título al binomio de centros de enseñanza del Ejército de Tierra denominados *Escuela Superior de Guerra* y *Escuela de Estado Mayor* evoco una pedagogía que tuvo cerca de 70 años de vigencia, los transcurridos entre los años 1893 y 1964 interrumpidos por la Guerra Civil española.

El año 1893 es la fecha del desenlace del reformismo militar propio de la Regencia de María Cristina de Habsburgo, muy bien representado por los ministros Manuel Cassola y José López Domínguez. Este último es el fundador de la Escuela Superior de Guerra. El año 1964 es la fecha tanto de la fundación del *Centro Superior de Estudios para la Defensa Nacional* (CESEDEN) como de la inclusión orgánica, bajo la dirección de la *Escuela Superior del Ejército*, de la *Escuela de Estado Mayor*, ambas abiertas en 1940.

Conviene distinguir, entre 1964 y el año 2000, la última etapa de lo que siguió denominándose “Escuela de Estado Mayor” para llamarse «Escuela de Guerra del Ejército», en la misma sede que fue Escuela Superior de Guerra. Y de lo que ahora está siendo «*Escuela Superior de las Fuerzas Armadas*» ésta en la misma sede del Paseo de la Castellana que venía ocupando desde el año 1940 la entonces recién fundada Escuela Superior del Ejército. Retengamos, pues, estos tres hitos históricos, el de 1893, el 1940 y el de 1964 porque los tres son ineludibles para la comprensión de una lúcida tarea didáctica al servicio del conocimiento de nuestra historia militar.

La enseñanza de la historia militar alcanzó su más alto grado de perfeccionamiento en el seno de la Escuela Superior de Guerra entre 1893 y 1936 sólo con una breve distorsión que duró dos años (1929-1931) cuando se pretendió, al declarar a extinguir al Cuerpo de Estado Mayor, consolidar un *Centro Superior de Estudios Militares* con dos ramas, la *militar*, que en realidad continuaba la tradición de la

mixtura de miembros del Estado Mayor corporizados y de simplemente diplomados para el Servicio de Estado Mayor y la *industrial* de hecho, un anticipo de lo que sería la *Escuela Politécnica del Ejército de Tierra*.

Debe tomarse en cuenta el significado de la decisión más significativa, la del año 1940, que es cuando nace en el edificio que había sido Colegio Nacional de Sordomudos, la *Escuela Superior del Ejército* y se reabre en el edificio que había sido Escuela Superior de Guerra la también nueva en su denominación, *Escuela de Estado Mayor*. Porque toda la tradición didáctica a favor de la enseñanza oficial de la historia militar quedó transferida en exclusiva desde la Escuela Superior de Guerra a la Escuela de Estado Mayor.

El punto de inflexión lo debemos situar en el año 1940. Un centro celebra los cursos de coroneles para el acceso al generalato o Estado Mayor General y otro centro convoca los cursos de jefes y oficiales para la obtención del diploma de Estado Mayor, Estado Mayor particular.

La asunción por el profesorado de la Escuela de Estado de Mayor de la enseñanza de la historia militar con el máximo rigor no excluía que esta disciplina figurara también en todas y cada una de las Academias Militares de las Armas. Excluía su enseñanza en las Escuelas de Aplicación y de Tiro. Se daba como generalmente suficiente lo exigido de Historia Universal y de España, -y de Geografía Universal y de España- en los programas de ingreso. Y se pretendía, más en Infantería y en Caballería que en Artillería e Ingenieros, que el conocimiento de las campañas de los grandes capitanes de la historia siguiera incorporado a la cultura de los futuros militares de carrera. El rigor, en las referencias a la historia militar, había sido cosa del *Depósito de la Guerra*, una dependencia del Cuerpo de Estado Mayor que admitía dos dedicaciones, una a la Geodesia, Topografía y Geografía Militar y otra al estudio y al relato de campañas militares.

En definitiva, era el Cuerpo de Estado Mayor, sea para sus miembros de plantilla corporizados, sea para los meramente diplomados que hubo desde el año 1893, el que asumía la calidad de la enseñanza de la historia de aplicación militar, del arte de la guerra, de las ideas estratégicas o como se fuera queriendo denominar esta tarea.

Antecedentes didácticos del siglo XIX

La *Escuela Superior del Ejército*, la de los años cuarenta del siglo XX nunca incluyó en sus planes de estudios nada que tuviera que ver con la historia militar. La anterior *Escuela Superior de Guerra* retuvo la asignatura hasta el año 1936 como una de las disciplinas más relevantes. De aquí que el depósito bibliográfico (testimonial y documental) donde se nos da fe de la inquietud de los militares para la correcta interpretación del pretérito castrense fuera su biblioteca, no por azar inmediata a la magnífica biblioteca del Cuerpo de Ingenieros Militares que pronto, enriquecida con otros fondos, pasaría a denominarse *Biblioteca Central Militar*. Es la que algo más tarde quedaría integrada en el Servicio Histórico Militar de la calle Mártires de Alcalá. Estaban ambas en el entorno tanto del Palacio de Liria (o de los duques de Alba) como del más antiguo Colegio Imperial de los últimos Austrias (o Seminario de Nobles de los primeros Borbones).

Precisaré, pues, los nombres de algunos militares que a partir del denominado por Eugenio D'Ors *Fin de Siglo* han venido aportando sus textos, sus recuerdos, sus testimonios, sus memorias, sus tratados y sus libros al *Museo Literario* de la biblioteca central y a la propia biblioteca de la Escuela de Estado Mayor. Nos interesará más lo depositado con fines didácticos para así mejor poder medir la envergadura de la labor realizada por la Escuela Superior de Guerra.

En el índice de autores sobresalientes aparecen tres tipos de plumas a quienes considerar ineludibles. Su cita en tres relaciones marca una evolución realmente dada. Son los africanistas hispanos de comienzos del siglo XX, los profesores de táctica inspirados en las experiencias europeas inmediatas a su personal actividad profesional y los tratadistas militares mejor acreditados como generalistas desde los años centrales del mismo siglo XX.

Para percibir el grado de influencia de cada nombre habría que incluir la lista selectiva y abreviada de sus maestros que, naturalmente incluye autores extranjeros de relieve. No faltan viejas glorias de nuestra literatura militar del Siglo de Oro; pero conviene adelantar que se trata, sobre todo, de los grandes tratadistas de los siglos XVIII y XIX, todos ellos verdaderos practicantes del estudio de las campañas tanto de las continentales o europeas como de las ultramarinas. El modelo lo ofrecían los

centros franceses, alemanes, ingleses e italianos. Ninguno más presente que la Escuela Superior de Guerra de París fundada en 1876 para la enmienda del desastre de 1870, el de la guerra franco-prusiana. Naturalmente que se aceptaban ejemplos tomados de los excelentes historiadores de las campañas de la Revolución Francesa y del Imperio napoleónico, con especial atención a nuestra guerra de la Independencia.

Estas enseñanzas venían siendo incorporadas a los planes de estudio de las academias o escuelas consiguientes al balance victorioso en las guerras carlistas, en particular, la primera de ellas (1833–1841).

En el *Plan de 1850* de la *Escuela Especial de Estado Mayor*, con sede en Madrid, consiguiente a la clausura del *Colegio General de todas las Armas* que en el Alcázar de Toledo venía dirigiendo el general Venegas para jóvenes cadetes, figuraron la geografía militar y la historia militar. El Plan establecía hasta cuatro años de aprendizaje.

En el *Plan de 1870*, Reglamento del 8 de mayo de la ya constituida en *Academia de Estado Mayor*, se rectifica la denominación y se llama de otra manera a las asignaturas. Ahora se dice, Elementos de la Historia Universal y Nociones de Historia de España. Estamos en pleno sexenio revolucionario con el general Prim a punto de ser asesinado.

En el *Plan de 1882* –en realidad una reforma interna propuesta a la Junta Facultativa de la *Academia de Estado Mayor* por el capitán profesor Gómez Jordana-, aparece un grupo didáctico formado con materias tan diversas como estas tres, Geodesia, Geografía e Historia General. Se trata de una reafirmación del espíritu de Cuerpo.

Ocurría todo esto cuando la creación de la Academia General Militar por el general Arsenio Martínez de Campos había programado, no sólo la superación de los programas de ingreso que incluían Geografía Militar y también Historia Militar para los cadetes de Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, Estado Mayor y Administración Militar.

Lo más decisivo viene cuando para el logro de “la mejor consideración de los análisis geográficos e históricos sobre las campañas de operaciones” –lo dice

textualmente el Reglamento de la *Academia de Aplicación de Estado Mayor* de 26 de junio de 1886, en el *Plan de 1886*, el asunto toma un carácter fundamental y específico. Porque en el *Plan de 1893*, que es ya Plan de Estudios de la *Escuela Superior de Guerra*, una vez clausurada a los diez años de funcionamiento la *Academia General Militar*, se cierra también la Academia de Aplicación de Estado Mayor. Quien quiera, por separado, ser miembro del Cuerpo de Estado Mayor o estar disponible para el Servicio de Estado Mayor, deberá ingresar por oposición con plazas limitadas a partir de un ejercicio ya acreditado del destino de oficial en una de las cuatro Armas combatientes.

En el año 1886 se estudiaba en las aulas abiertas en el centro de la capital de España de aquella *Academia de Aplicación de Estado Mayor*. tanto Geografía Estratégica (*sic*) como Historia Universal y de España (*sic*). Y eran materias de libre elección de aquellos jóvenes cadetes: la Historia General (*sic*) y la Geografía Histórico-Política (*sic*). A instancias de los grandes geógrafos deterministas del momento (Ratzel, etc.) se estaba abriendo paso lo que sería llamado hacia el año 1940 por el gran historiador catalán Jaime Vicens Vives, *Geopolítica del Estado y del Imperio*.

Del binomio de grandes tratadistas, -el suizo al servicio de Napoleón, Jomini y el prusiano al servicio del Zar Alejandro de Rusia, Clausewitz, los dos grandes autodidactas- nuestros profesores del Cuerpo de Estado Mayor habían ido conociendo, a través del gran humanista italiano Nicolás Marselli éste al servicio de la Casa de Saboya, el modelo de análisis de los notables esquemas del francés Vidal Lablache, éste al servicio de la República Francesa –la Tercera- y de las síntesis del alemán Karl Haushofer, que tanto entusiasmaron en los años veinte a Rudolf Hess y a Adolfo Hitler.

Todo estaba decidido a partir del año 1893. La clase primera del segundo año de la *Escuela Superior de Guerra* se denominaba *Historia Militar y crítica de algunas campañas modernas*. Ya no se trataba de un saber (o de una sabiduría) sobre lo ciertamente útil de los conocimientos generales de geografía e historia propias del cadete joven que pudiera ser compartido con los universitarios al servicio de las profesiones liberales. Se trata de la crítica, con ideas profesionales, de las campañas militares más recientes. La selección de lo que luego se estudiará con

carácter obligatorio en las aulas ocupadas por tenientes y capitanes alumnos de la Escuela Superior de Guerra, pasa a ser una tarea importante y significativa por la que se calificará a los mejores de cada promoción de concurrentes.

Esta orientación fue, sin duda, la que luego se ha venido practicando a lo largo de casi todo el siglo XX por la propia Escuela Superior de Guerra hasta 1936, por la Escuela de Estado Mayor hasta 1964 y seguramente es la que se ha transmitido (con menos atención y energía) desde la Escuela de Estado Mayor a la Escuela de Guerra del Ejército a finales del siglo XX. Desde una geografía de aplicación militar, convertida, a su vez, en información de carácter estratégico, -básicamente un análisis de los recursos al alcance de las grandes potencias- y desligada de la Geodesia, la Topografía y la Cartografía, la Historia de aplicación militar pasaba a ser noticia sobre los cambios orgánicos acaecidos en el Ministerio correspondiente, de la Guerra, del Ejército o de Defensa. O quedaba subsumida en el fenómeno de la relación, a lo largo de los tiempos modernos, Fuerzas Armadas-Sociedad Civil, como una ciencia histórica de hecho subordinada a las ciencias sociales.

Ahora bien, entre los años 1893 y 1936, las humanidades fueron objeto preferente de tres tipos de personalidades de prestigio con capacidad para ser integrados en la enseñanza de la historia militar. Son los militares letrados.

Tres tipos de militares letrados

Fruto de una actitud claramente abierta hacia la formación del cuadro del Cuerpo y del Servicio de Estado Mayor fue la aparición sucesiva de tres tipos de militares letrados no precisamente antiguos alumnos de la Escuela Superior de Guerra pero sí bien recibidos sus libros en las aulas y en la biblioteca del Centro. Son los africanistas, los profesores de táctica y los moralistas del siglo XX que mejor fueron valorados en el Ejército. La incidencia del tercer tipo tuvo su privilegiado escenario en la Escuela de Estado Mayor desde los añoscuarenta.

Africanistas, es decir escritores bien orientados sobre la acción del Ejército en los territorios de Marruecos, Sáhara Occidental y golfo de Guinea fueron Dámaso Berenguer Fusté, Francisco Gómez-Jordana y Souza, Nazario Cebreiros Lucas, Emilio Mola Vidal, Manuel Goded Llopis, José Díaz de Villegas y Tomás García

Figueras. Nótese la ausencia de quienes se ocuparon de historiar los episodios de las guerras de Cuba y Filipinas y de la Gran Guerra.

Profesores de Táctica, es decir, escritores que utilizan a la historia de las últimas campañas para legitimar la vigencia de una doctrina de empleo de las Armas y Servicios fueron José Villalba Riquelme, Ricardo Burguete Lama, Casto Barbasán y Lomas, Aureliano Álvarez-Coque. Epifanio Gascueña, Enrique Ruiz Fornells y Vicente Rojo Lluich. Nótese la presencia de quienes, por ser todavía jóvenes, fueron requeridos por la Segunda República para el mando de unidades en la Guerra Civil.

Moralistas, es decir, escritores preocupados por servirse de los ejemplos históricos para dar cohesión a las instituciones militares en plena crisis de identidad fueron Joaquín Fanjul Sedeño, Alfredo Kindelán Duany, Carlos Martínez de Campos, Jorge Vigón Suero-Díaz, Manuel Díez-Alegría, Juan Cano Hevia y José María Gárate Córdoba. Nótese la omisión de quienes se esmeraron por documentar los episodios de la Guerra Civil a través de su impresionante huella documental como Martínez Bande.

Si tuviéramos que reducir a un periodo corto el más elevado interés por la evolución de las técnicas, las tácticas, las doctrinas e incluso las estrategias yo señalaría el quinquenio 1929-1934. Coincide con el momento en que está ya ganada la batalla a favor de la existencia de cursos de coroneles previos al ingreso en el Estado Mayor General aunque todavía no se los exija al Ministerio con la formación de un profesorado con dedicación exclusiva ni con la creación de un centro de enseñanza con sede propia para este menester.

Por ejemplo, en el crítico año de 1934, la *Librería del Ejército* ofrecía un *Catálogo de Obras Militares* que se confesaba para ser servicio en sus locales de la Plaza Fermín Galán número 1:

“A los proveedores del Estado Mayor Central, de la Biblioteca Central Militar, de la Escuela Superior de Guerra y demás regimientos, centros y dependencias militares.”

Nunca, con anterioridad se había echado tan de menos este apoyo documental y literario a la vida intelectual de los militares españoles.

El índice de materias se agrupaba en siete apartados. Tres de ellos tenían mucho que ver con las humanidades:

1. Moral militar, psicología y pedagogía.
2. Ciencia y arte militar, geografía e historia militares.
3. Escuelas, academias e instrucción.

La editorial distinguía lo adecuado, bien para las academias, bien para la Escuela Superior de Guerra.

La oferta distinguía también entre la lectura de novelas históricas, -los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós en cabeza- y el estudio de tratados de autores extranjeros con el énfasis puesto en el inglés Fuller y en el alemán Ernst Jünger. Pero se ofrecían textos de autores españoles en plena actividad (o recientemente desaparecidos): Ahumada, Burguete, Gómez de Arceche, Barbasán, Banús y Comas, Martín Llorente, García Figueras, Vicente Rojo, Villamartín, Almirante, Benavides Moro, Izquierdo Croselles, Jorge Vigón, Marvá y Mayer, San Román, etc.

La *Escuela Superior de Guerra*, con el Cuerpo de Estado Mayor ya declarado a extinguir sin esperanzas de recuperación, requería obras de historia de las últimas campañas y daba por autores recomendados a Grasset, para nuestra guerra de la Independencia, a Foch, para la Gran Guerra, a Santion, para la guerra de Sucesión americana, a Romagny, para la guerra franco-prusiana, a Lüdendorf, también para la Gran Guerra, a Von Bernhardí para la guerra mundial previsible y con el mismo deseo a Petain, Jofre y Tardieu entre los franceses.

No se olvidaba lo que podríamos llamar espíritu militar en la *Colección de Biografías*. Lo ejemplar se concretaba en el año 1934 en estas obras biográficas entonces recién publicadas: Simón Bolívar, San Martín, Mina el Mozo, Zumalacárregui, Napoleón, Espartero, Prim y Serrano. Lo más llamativo, a mi juicio, es la falta de atención al militar académico en el sentido de militar español formado en una academia o escuela militar de España. Se sugerían para la preparación del ingreso por oposición en la Escuela Superior de Guerra, la obra de Aguado Bleyes, *Historia de América*, la de Rafael Altamira, *Historia de la Civilización de América*, y la de Almirante, *Historia Militar de España*.

Con otros fines, -en este caso recreativos- se ofrecían dos obras de Tirso de Molina, *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla*; dos novelas clásicas castellanas, *El Quijote* y *El Buscón* y tres relatos más bien picarescos: *Las Mocedades del Cid*, *La Celestina* y *El Guzmán de Alfarache*.

En definitiva, el horizonte abierto para la educación humanista, (histórico-literaria) concedía a la Escuela Superior de Guerra en el año 1935 una posición preferente para los estudios estratégicos (sin referencias al africanismo) y una inclinación hacia los valores morales, (sin fijación alguna a los valores del Siglo de Oro o de la Edad Media). Más que reconstruir la historia militar para a partir de ella internarse en la actualidad, lo que importaba era cultivar una modernidad que era la vigente en Europa Occidental.

Retengamos lo esencial del periodo 1929-1934 en términos orgánicos:

- Habíamos tenido *Escuela Superior de Guerra* desde 1893 por Real Decreto de 8 de febrero. Tuvimos *Escuela de Estudios Superiores Militares* desde octubre de 1929, gobernando Miguel Primo de Rivera que por voluntad de Azaña pasó a denominarse *Centro de Estudios Militares Superiores* desde julio de 1931. Bajo su misma autoridad, un Decreto de 21 de julio del mismo 1931, se anunció que habría una Escuela Superior de Guerra (de nuevo) sin la adición de la Rama o Sección Industrial. Y hay que esperar hasta abril de 1940 para que se produzca el desdoblamiento *Escuela Superior del Ejército-Escuela de Estado Mayor* antes aludido.
- Nótese la persistencia del binomio didáctico Escuela de Estado Mayor–Escuela Superior del Ejército (sin lazo orgánico alguno entre sus polos hasta 1964). La Historia del Arte de la Guerra fue, pues, transferida sin graves cambios de contenido desde la antigua “Superior” de Guerra a la nueva de “Estado Mayor” perdiendo ésta la calificación de Escuela Superior por muy «superiores» que se hubieran considerado siempre sus estudios de historia militar.

Tres ciclos didácticos: el teórico, el narrativo y el de aplicación

El legado de una Escuela Superior de Guerra a otra Escuela –la de Estado Mayor– cumplido en el año 1940, podría concretarse en el cuidado de una pedagogía para la

ordenada enseñanza de la historia de las campañas militares en tres ciclos, el teórico, el narrativo y el de aplicación.

Ocurría el cambio cuando la obra del pretérito mejor valorada en el centro era *Idea de un Príncipe Cristiano suscitada en Cien empresas* del gran diplomático murciano Diego Saavedra Fajardo desaparecido en 1648, (Paz de Wesfalia). La valoración venía acompañada de la recomendación de la lectura de dos series de narraciones de viajes ultramarinos debidas al francés Julio Verne y al alemán Karl May porque se pretendía para el nuevo profesorado la apertura de su horizonte hacia lejanos escenarios. Se quería también hacerle reflexionar al nuevo alumnado de postguerra en las obras de novelistas de la periferia, -Palacio Valdés, Blasco Ibáñez y José María Pereda sobre todo- además del canario Benito Pérez Galdós por sentimental e idílica que fuera su orientación literaria.

Al ir redactando la tesis doctoral que titulé *Aportación Militar a la Cartografía española en la España Contemporánea (siglo XIX)* hube de tomar cumplida nota de los sucesivos programas de estudio que habían permitido la especialización de los miembros del Cuerpo de Estado Mayor para asumir las dos tareas básicas del Depósito de la Guerra, luego dos Servicios, el Servicio Geográfico del Ejército y el Servicio Histórico Militar. Subrayé, entonces –década de los años sesenta- mucho más lo geográfico que lo histórico. Pero quedó abierto como horizonte el de la narración correcta de las campañas y de los historiales de las unidades.

Tres dignas tareas de la enseñanza fueron aceptadas como muy convenientes para la moral del militar de carrera:

1. El recorrido, más bien conceptual o doctrinal, por las biografías de los grandes capitanes y de los buenos tratadistas. *Ciclo teórico.*
2. La narración pormenorizada de los acontecimientos bélicos más memorables, vividos por ejércitos de distintas nacionales además de la española. *Ciclo narrativo o histórico.*
3. La visita a los escenarios donde se libraron los más ardorosos combates o se vivieron las gestas de obligado reconocimiento en orden a una conciencia de identidad profesional. *Ciclo de aplicación.*

La primera dirección se venía cumpliendo en una línea evolutiva sin sobresaltos, aunque en algunos momentos acelerada. En unos tiempos (o en unas épocas o periodos) el pensamiento estratégico dominante se agitaba gracias a la impronta de los genios de la guerra sobrevenidos y se producían innovaciones. En otros tiempos –los periodos de estancamiento y decadencia- se imponía el doctrinarismo rutinario. Pero la superación de una guerra suponía siempre una coyuntura propulsora del progreso. Estaba en la necesidad de las cosas. La ayuda de los mejores historiadores civiles en ejercicio era bien recibida tanto en la Escuela Superior de Guerra como en la Escuela de Estado Mayor.

La segunda dirección se venía atendiendo con el apoyo de las doctrinas vigentes para el empleo de las Grandes Unidades. El telón de fondo de las sugerencias eran los acontecimientos bélicos infelizmente padecidos. Un claro desvío de las normas era interpretado como un error culpable. El desastre se identificaba con el olvido de lo preceptivo. O con la falta en el conductor de las operaciones de alguna virtud. La clase de Historia Militar reproducía las clases de Táctica o de Logística. No hacía falta investigar lo verdaderamente ocurrido en los campos de batalla. Bastaba comparar la orden recibida con lo realmente ejecutado. Cada profesor –un narrador escrupuloso de las decisiones del mando- se permitía incidir en un matiz diferente que podría estar unas veces en fallos de información sobre el enemigo y otras en déficit de apoyos logísticos.

La tercera exigencia didáctica –la visita a los escenarios- resultaba atractiva. Las preguntas a las que se daba respuesta al aire libre tenían mucho que ver con la calidad de las armas y de los materiales en presencia. La clave una resistencia admirable o de un asalto coronado por el éxito estaba casi siempre en la moral del combatiente. Pero también radicaba en lo adecuado del despliegue adoptado al inicio de la acción.

Cuando en el mes de octubre de 1976 me incorporé al profesorado, el hecho de que estuviera vacante la plaza de profesor principal me dio la oportunidad de satisfacer en solitario la redacción de un nuevo programa de redactor único. De hecho, para el *Plan de 1976* de la Escuela de Estado Mayor, me tomé en serio las experiencias didácticas más recientes que tenían por entusiasta impulsor al recientemente ascendido a teniente coronel de Caballería, Rafael Casas de la Vega.

Casas de la Vega había formalizado para el primer trimestre del segundo año, todo un Ciclo teórico. En su oferta de definiciones y de conceptos, era muy fiel a los *Principios del Arte de la Guerra* donde el mariscal de Francia, Ferdinand Foch resumía sus enseñanzas de la Escuela Superior de Guerra de París. Aparecían subrayadas las aportaciones de Renato Flavio Vegecio (siglo IV) y de Nicolás Maquiavelo (siglo XVI). El binomio Jomini-Clausewitz (siglo XIX) culminaba la síntesis de lo más válido.

Para el Ciclo histórico, Casas de la Vega se centraba en la guerra de la Independencia, en la Primera Guerra Mundial, en el problema de Marruecos y en la sucesión Guerra Civil española-Segunda Guerra Mundial. Los criterios de Martínez Bande, Salas Larrazábal y Gárate Córdoba suponían una primera aproximación muy instructiva al análisis de los combates.

El recorrido histórico se había decantado en Casas de la Vega claramente hacia el binomio: *Problema de Marruecos-Guerra de España*. Las visitas a los campos de batalla estaban centradas en estos escenarios: en el Alcázar de Toledo, en los alrededores de Brunete, Belchite y Teruel y en los accesos al río Ebro desde la zona de Gandesa hasta Mora de Ebro.

Privaba el realismo y se le daba entrada al entusiasmo para explicar la naturaleza de los combates realmente acaecidos. Se buscaba el reconocimiento de los aciertos tácticos y se valoraba el heroísmo o la capacidad de sufrimiento de las tropas. La comprensión de las ideas estratégicas en juego quedaba insinuada pero era apenas desarrollada. Se trataba del análisis del caso concreto y de la eficacia de los medios acaecida en una topografía peculiar. Una cosa era la teoría estratégica –Ciclo teórico- otra la descripción de una época en orden a las técnicas en presencia –Ciclo histórico- y una tercera, la decisiva, la aplicación del esfuerzo bélico por los mandos de las pequeñas unidades –Ciclo de aplicación-.

Desde siempre, el problema de la enseñanza de la historia militar se refería a dos pretensiones muy distintas, la de las Academias Militares y la de las Escuelas de Guerra. Las Academias Militares querían integrar al cadete (o al guardiamarina posiblemente) en una vocación militar y en una dedicación profesional. Las Escuelas de Guerra querían adoctrinar sobre el mejor modo de hacer las cosas. Una cosa era

adquirir conciencia de identidad profesional y otra moverse de manera competente hacia el modo más correcto de operar, en una ocasión precisa.

La analogía con el otro tipo de estudios históricos –el universitario- permitía percibir por contraste la diferencia. Como es sabido, las Facultades de Derecho, de Medicina, de Filosofía, etc.- y también los Noviciados y Seminarios de la Iglesia– nunca soslayaron la labor de una cátedra que denominaron de Historia del Derecho, de la Medicina, de la Filosofía, del Arte, de la Literatura, de la Iglesia o de las Religiones. Siempre hubo en el punto de partida de una buena formación académica personalizada una sería llamada de atención a favor de la inscripción en una comunidad. No se otorgaba un título profesional a quien no se percibía a sí mismo solidario con una tradición por cargada que estuviera de arcaísmos. Una actividad profesional que no tomaba en cuenta su historial o sus memoriales quedaba carente de un prestigio social para todos conveniente.

La historia que llamamos militar es el balance tanto de la labor de los historiadores como de los profesores especializados en esta esfera de conocimientos que tuvo al hombre de armas por autor o por actor. Cada profesor vive y se alimenta de los hallazgos que el historiador de raza extrae de los testimonios y de los documentos. El profesor no se identifica con el investigador. El equilibrio didáctico siempre presente le suele llevar a corregir con buen sentido las interpretaciones extremas o demasiado apasionadas sobre los acontecimientos relevantes que denominamos históricos aunque no se merezcan ser tenidos por memorables. El profesor debe mostrar el estado de la cuestión con cierta frialdad.

No se trata de explicar con originalidad lo que únicamente sabe quien ha consultado unas fuentes inéditas de lo que está siendo desconocido por la mayoría de las gentes. El profesor de Historia habla de lo que ya es conocido y deja a los hechos y a los sucesos con relevancia histórica en condiciones de ser explicados y comprendidos dentro de un hilo argumental que los aclare.

Fue frecuente entre 1893 y 1936 (Escuela Superior de Guerra) y entre 1940 y 1964 (Escuela de Estado Mayor) que hubiera hombres de condición militar con categoría de jefe o de oficial bien informados por vocación y dedicación de los

acontecimientos con mayor incidencia en la forja de las instituciones militares. Esto es lo más valioso del Balance didáctico de los dos Centros.

No se trató en aquella Escuela Superior de Guerra (en cierto sentido antecedente, entre otras de Marina y Aire, del actual Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) de que algunas personas tituladas de catedráticos de Universidad o de Instituto de Enseñanza Media requirieran a los alumnos ya profesionales de condición militar sobre el sentido de las historias al uso de España, de Europa o de la Civilización Occidental en su conjunto. Se trató de obtener de los alumnos una comprensión del quehacer a ellos encomendados, -misiones, tareas, cometidos, etc.- a partir de las experiencias bélicas más o menos próximas recogidas en sus archivos y bibliotecas. Y es que la responsabilidad del profesorado de historia militar, transferida a la Escuela de Estado Mayor en 1940, ayudaba a reconocer como propia la realidad pretérita allí donde las notas de una dialéctica de voluntades hostiles habían ganado un cierto protagonismo.

Tres cuestiones deben quedar bien asentadas, la cuestión teórica, la cuestión ciertamente histórica y la cuestión aplicada a nuestra realidad actual. Siempre aparece una lógica interna en la consideración del hecho de armas. La guerra, las operaciones militares, las campañas, las batallas decisivas, los golpes audaces o de suerte, etc. tienen su lenguaje propio y admiten la clasificación por tipos y por modelos.

Cada acuerdo que se logra fundamentar de buena fe tiene la virtud de otorgarle al militar de oficio una conciencia profesional de identidad. Y traerá la grata consecuencia de ser a medio plano valorado también como bueno algo desde las profesiones liberales más atentas al sentido de la Historia Contemporánea. La relación Fuerzas Armadas-Sociedad Civil estará bien fundamentada allí donde se pueda compartir una manera de contemplar el pretérito.